

IVÁN "EL IMBÉCIL"

4º- 6º

"Cuenta un cuento o una historia y, en los días siguientes, haz que los Niños lo lleven a su consciencia al hablar y tratar sobre aquello. Si ahora, a esto que han rememorado, tratado y "hecho suyo", le añadimos una sencilla melodía o una pequeña interpretación, recitación, etc., ésta será cantada, recitada o sentida por los Niños con tal entusiasmo y dedicación que les penetrará hasta el corazón, lo mismo que dicho cuento o historia. Esto sucede también cuando enseñamos algo abstracto a través de la música o, en general, a través del arte" v.G.S.

¡El tra-ba-jo es to-do un a - mi - go, va con-ti - go don-de tú vas,
nun-ca te a-ban-do - na si le das ca-ri - ño, lo ha-ces con ga-nas y fe - li - ci - dad!

<https://ideaswaldorf.com/tu-amigo-el-trabajo/>

Capítulo 1

En un reino de cierto país, vivía un rico "mujik". Tenía tres hijos, **Semion** el Guerrero, **Taras** el Panzudo e **Iván** el Imbécil; y una hija muda, a la que llamaban **Melania**.

Semion el Guerrero fue a luchar por el zar. Taras se marchó a la ciudad, a trabajar en casa de un mercader; e Iván se quedó, tranquilamente, con la llamaban Melania.

Semion "el Guerrero" consiguió un alto grado y un feudo, en recompensa de sus servicios; y tomó por esposa a la hija de un barin. Cobraba un gran sueldo y sus dominios eran vastos. Pero nada le bastaban, ya que lo que él amontonaba, lo echaba al viento, a manos llenas, su mujer, y siempre estaba a la cuarta pregunta.

Un día, Semion debía ir a sus tierras, a cobrar las rentas; pero su administrador le dijo:

—*"Nada hay que cobrar: no tenemos ganado, ni caballos, ni arados; es preciso comprarlo todo. Entonces habrá rentas"*.

Semion el Guerrero marchó a casa de su padre, el "mujik*" y le dijo:

—*"Tú eres rico; pero nada me diste. Vengo a que me des el tercio que me corresponde. Voy a emplearlo en mis tierras"*.

—*"Nada trajiste a casa. ¿Por qué te iba a dar yo la tercera parte? Si lo hiciera así, perjudicaría a Iván y a la muchacha—respondió el anciano"*.

—*"Iván es imbécil y Melania, muda. ¿Qué necesidades tienen?"*

—*"Haremos lo que diga Iván"*.

—*"Bueno; que se lleve su parte"*.—exclamó éste.

Y Semion el Guerrero cogió una parte del patrimonio, que empleó en sus tierras, y volvió a servir al zar.

Taras el Panzudo también había ganado mucho dinero; se había casado con la hija de un mercader; pero ni aun así les sobraba nada.

Un día fue a ver a su padre y le dijo:

—*"Dame mi parte"*.

Al principio, el viejo no quiso dar a Taras lo que le pedía.

—*"Nada trajiste a casa. Lo que tenemos, todo lo ha ganado Iván. No debemos perjudicarle ni tampoco a la muchacha"*.

—*"¿De qué le serviría el dinero a Iván?"*—replicó Taras—. *"Es imbécil, no podrá casarse. Ninguna mujer lo querrá para marido. Y una muchacha muda no tiene necesidades. Iván: dame la mitad del trigo. No te cogeré ningún apero de labranza. Y en cuanto al ganado, sólo quiero el caballo gris, que no empleas para el trabajo"*.

—*"Bueno"*—asintió Iván, echándose a reír.

Así fue como Taras obtuvo también su parte. Se llevó el trigo a la ciudad y montó el caballo gris. Iván se quedó tan sólo con una yegua vieja para labrar la tierra.

Capítulo 2

El viejo diablo estaba muy disgustado porque los tres hermanos no habían reñido al hacer las particiones y se habían separado siendo buenos amigos. Llamó entonces a tres diablillos, y les dijo:

—*"Escuchad; hay tres hermanos, Semion el Guerrero, Taras el Panzudo e Iván el Imbécil. Convendría que riñesen, pero viven en la más perfecta armonía... Es Iván el Imbécil quien ha echado a perder las cosas. Debéis ir a cogerlos y lograr que se peleen, hasta el punto de que se salten los ojos. ¿Sois capaces de hacerlo?"*

—*"Sí"*—contestaron los diablillos.

—*"¿Cómo lo conseguiréis?"*

—*"Empezaremos por arruinarlos, para que no tengan qué comer; luego, los reuniremos y se enemistarán"*.

—*"¡Muy bien!"*—exclamó el diablo—. *"Veo que habéis comprendido de lo que se trata. Marchaos y no volváis hasta que hayáis enemistado a los tres hermanos. De lo contrario, os despellejaré"*.

Los diablillos se fueron a su lodazal, donde discutieron sobre lo que tenían que hacer. La discusión duró mucho. Cada cual quería reservarse la tarea más fácil. Acabaron por echar a suertes, para ver lo que correspondería a cada cual, conviniendo, al fin, que si uno acabara su obra antes que los demás, debería acudir en ayuda de sus compañeros. Después de sortear, fijaron el día en que se reunirían de nuevo, para saber quién había terminado su trabajo y a quién tendrían que ayudar.

Llegó el día convenido y, según habían quedado, los tres diablillos se reunieron en el lodazal. Se pusieron a discutir sus asuntos. Primeramente, se habló de Semion.

—*"Mi tarea va bien encauzada. Mañana irá Semion a casa de su padre"*.

Los otros dos diablillos preguntaron a su compañero cómo se las había arreglado.

—*"Lo primero que hice fue infundir a Semion tanto valor, que llegó a prometer al zar que conquistaría el mundo entero. Entonces, el zar lo nombró general en jefe de su ejército y lo envió a luchar contra el soberano de la India. Los ejércitos se encontraban ya uno frente a otro. Aquella noche humedecí la pólvora en el campamento de Semion y luego fui al campamento del soberano indio y le hice soldados de paja. Al ver que por doquier avanzaban soldados de paja, las tropas de Semion tuvieron miedo. Entonces, éste ordenó que se hiciera fuego; pero ni los cañones ni los fusiles dispararon. Esto hundió a Semion. Le han quitado sus bienes y se disponen a fusilarlo mañana. Ya me falta poco que hacer: sólo he de sacarlo de la cárcel para que vaya a su casa. Mañana quedará todo listo. Decíme a cuál de vosotros debo ayudar"*.

El segundo diablillo habló de Taras.

—*"Mi asunto va por buen camino. No necesito ninguna ayuda. Antes que transcurran ocho días la situación de Taras cambiará por completo. En primer lugar, tuve buen cuidado de que le engordara bien su barriga y de que aumentara su deseo de obtener ganancias. Su codicia llegó hasta tal punto, que deseaba adquirir cuanto veía. Ha logrado muchas cosas ya, con su dinero, y aún sigue comprando. Pero ahora ya con dinero que ha tomado a préstamo. Es tal la carga que lleva a cuestas y está tan enredado, que no será capaz de desenredarse. Sus créditos vencen dentro de ocho días y he transformado sus mercancías en estiércol. No podrá pagar y tendrá que ir a casa de su padre"*.

Preguntaron al tercer diablillo qué tal le iba en su empresa.

—*"¿Qué queréis que os diga? Mi asunto no marcha bien. Empecé por escupir dentro del barril de levas de Iván para que le doliese el vientre. Fui a sus tierras y las endurecí, hasta dejarlas más duras que las piedras, para que no pudiese trabajar. Me imaginé que no podría labrarlas; pero él, el imbécil, ha llegado con su arado y se ha puesto a desmenuzar los terrones. Lo hacía con todas las fuerzas de su alma y no cejaba en su empeño. Entonces, le rompí el arado. Fue a su casa y, cogiendo otro, volvió a la tierra y procure sujetarle la reja: pero no pude detenerla. Iván el Imbécil empujaba el arado sin cesar; y, como la reja está aguzada, me ensangrenté las manos. Ha labrado casi todo el campo... Sólo le queda una franja. Venid, hermanos, a ayudarme, pues si no conseguimos vencerle, nuestros esfuerzos serán inútiles. Si Iván el Imbécil continúa trabajando, ninguno de ellos conocerá la miseria, porque mantendrá a los demás"*.

El diablillo de Semion el Guerrero prometió que volvería al día siguiente. Después de esto se separaron.

Capítulo 3

Iván el Imbécil había labrado todo el campo salvo una franja, y fue a terminar su faena. Le dolía el vientre, pero tenía que labrar. Después de limpiar el arado y de darle la vuelta, empezó un surco. Pero apenas había introducido la reja en la tierra, sintió que se le había atascado en una raíz. Era el diablillo quien la retenía.

—*¡Qué raro!*— pensó Iván—. *“No había por aquí ni la más pequeña raíz, y ahora sale una.”*

Metiendo la mano en el surco, sondeó hasta dar con algo blando que asió y arrojó de allí. Era una cosa negra como una raíz, pero se movía.

—*¡Vaya! Un diablillo vivo. ¡Qué bicho tan asqueroso!*—

Al decir esto, hizo ademán de romperle la cabeza contra el suelo.

—*“No me aplastes y haré cuanto me pidas”*— exclamó el diablillo.

—*“¿Qué podrías hacer por mí?”*

—*“Todo lo que quieras. No tienes más que pedir”.*

Iván el Imbécil se rascó la cabeza.

—*“Me duele el vientre. ¿Podrías curarme?”*

—*“Desde luego”.*

—*“Pues hazlo.”*

El diablo se volvió hacia el surco, cavó con las garras, extrajo una raíz de tres puntas que tendió a Iván.

—*“Ten. Basta tragar una de esas puntas para que desaparezca todo mal”.*

Arrancando una de ellas, Iván se la tragó. Y acto seguido sintió que se le había pasado el dolor.

—*“¡Suéltame!”*— se apresuró a rogar el diablillo—. *“Me hundiré en la tierra y ya no me pasearé más por encima de ella”.*

—*“Bueno, vete con Dios”.*

En cuanto Iván pronunció la palabra Dios, el diablillo se hundió en la tierra, como una piedra en el agua, y sólo quedó un agujero. Iván guardó en la gorra las otras dos puntas de la raíz y reanudó su faena. Una vez terminado el surco, dio la vuelta al arado y regresó a su casa. Desenganchó los animales y entró en la isba. Allí estaba Semion el Guerrero, su hermano mayor, con su mujer, sentados ante la mesa, esperando la comida. Le habían quitado sus bienes y a duras penas había logrado huir de la cárcel, para refugiarse en casa de sus padres.

—*“He venido a vivir contigo. Tendrás que mantenernos a mi mujer y a mí hasta que encuentre medios para salir adelante”*— dijo, en cuanto vio a Iván.

—*“Bueno; podéis vivir en paz aquí”.*

Cuando Iván el Imbécil fue a sentarse en uno de los bancos, la mujer de su hermano, molesta por el mal olor que despedía, dijo a Semion:

—*“No puedo comer con un mujik que apesta”.*

Semion el Guerrero se dirigió a su hermano:

—*“Mi mujer dice que hueles mal. Es mejor que comas en el zaguán”.*

E Iván el Imbécil, cogiendo su cañón y una rebanada de pan, fue a ver si todo había quedado en orden.

Capítulo 4

Cuando el diablillo de Semion el Guerrero quedó libre, acudió en ayuda del de Iván el Imbécil, para vencer a éste, tal y como habían convenido.

Fue a buscar a su compañero al campo; pero no vio a nadie en ninguna parte. Únicamente, encontró un agujero.

"¡Caramba! ¿Le habrá ocurrido algo a mi compañero? Hay que sustituirlo. Pero toda la tierra está ya labrada y tendré que atrapar a Iván el Imbécil cuando se ponga a segar."

El diablillo se fue al prado y lo cubrió con una capa de barro.

Al amanecer, Iván el Imbécil se despertó, tomó la guadaña y se fue al prado. Una vez allí, empezó a segar; pero la guadaña se resistía, no cortaba. Era preciso afilarla.

"Iré a casa; cogeré una piedra de afilar y, de paso me traeré el pan" —pensó—. "Aunque tenga que estar aquí ocho días, no me moveré hasta que lo haya segado todo", se dijo.

El diablillo, que había oído pronunciar esas palabras, empezó a meditar.

"Qué testarudo es Iván el Imbécil. Trabajo me va a costar salirme con la mía. Tendré que buscar otros medios."

Iván el Imbécil afiló la guadaña y volvió a la siega.

Deslizándose por la hierba, el diablillo empujó la punta para clavarla en el suelo. Le había sido difícil a Iván; pero ya llegaba al fin; sólo le faltaba una franja, a orillas del lodazal. El diablillo se sumergió en él.

Iván se dirigió a la orilla del lodazal. Pero, a pesar de que la hierba escaseaba, no lograba manejar la guadaña. Irritado, la tiró con toda su fuerza.

El diablillo no pudo seguir allí; apenas si le dio tiempo de esquivar el golpe. Su asunto marchaba mal. Se escondió más de un arbusto. Pero Iván arrojó de nuevo la guadaña, que esta vez cortó la mitad del rabo del diablillo. Después de terminar la siega, Iván el Imbécil mandó a la muchacha a recoger la hierba, mientras se iba tranquilamente a segar el centeno.

Al llegar allí se encontró el centeno revuelto; el diablillo había pasado por el campo.

Entonces Iván volvió a casa, para cambiar la guadaña inútil por una hoz bien afilada; y seguía hasta que lo hubo terminado todo.

"Ahora he de prepararme para seguir la avena", se dijo.

El diablillo del rabo cortado oyó estas palabras y pensó: *"No he podido cogerlo en la siega del centeno; pero lo cogeré en la de la avena. Sólo es preciso esperar hasta mañana."*

Al día siguiente se fue al campo de avena; pero estaba segada ya. Iván el Imbécil había trabajado de noche, para perder menos grano.

"¡Lo seguía todo!" —exclamó el diablillo, fuera de sí—. "Esta vez sí que me ha engañado el Imbécil. Ni en la guerra he visto tal ardor. Ni siquiera duerme el muy condenado. Le echaré a perder las gavillas"

Y el diablillo se introdujo en las gavillas de centeno y las estropeó. Al calentarlas, con el mismo calor se quedó dormido.

Mientras tanto, Iván había enganchado la yegua y había ido a buscar las gavillas, acompañado de su hermana. Al llegar junto al haz en que se había ocultado el diablillo, levantó un par de gavillas con el biello clavándolo precisamente en su trasero. Sacó el biello y ¿qué vio? Un diablillo vivo, con el rabo cortado, entre las púas del biello. Se retorció, tratando de huir.

—*"Bicho asqueroso, ¿todavía andas por aquí?"*

—*"Soy otro; el primero era mi hermano. Yo estaba en casa de Semion el Guerrero"* — replicó el diablillo.

—*Poco importa quién eres. Correrás la misma suerte* —exclamó Iván; y quiso aplastarlo. Pero el diablillo suplicó:

—*Déjame, no te molestaré más y haré todo lo que quieras.*

—*¿Y qué puedes hacer?*

—*Sé hacer soldados de cualquier cosa.*

—*Pero ¿para qué?*

—*Podrás hacer con ellos lo que quieras, ya que un soldado sirve para todo.*

—*¿Saben cantar?*

—*Sí.*

—*Bien; entonces, hazlos.*

—*Toma esta gavilla de centeno, sacude las espigas contra el suelo diciendo: "Mi esclavo ordena que dejes de ser gavilla, y que cada una de tus espigas se transforme en soldado."*

Tomando una gavilla de centeno, Iván hizo y dijo lo que el diablo le enseñara. Las espigas tornáronse soldados, tambores y trompetas que tocaban sus instrumentos.

—*¡Qué divertido es esto! ¡Qué agradable! Será el regocijo de las muchachas* —exclamó Iván, echándose a reír.

—*Pues bien, suéltame ahora* —dijo el diablillo.

—*No; antes quiero rehacer las espigas, porque de otro modo se desperdiciarían los granos. Dime la manera de cambiarlos de nuevo en gavillas. Cuando llegue el momento de trillar, las desgranaré.*

—*Tienes que decir: "Tantos soldados, tantas espigas; mi esclavo ordena que sean de nuevo gavillas"* —dijo el diablillo.

Iván obedeció y los soldados se transformaron en gavillas de centeno.

—*Déjame ahora* —rogó el diablillo.

—*Bueno.*

Iván el Imbécil dejó en el suelo al diablillo y, sujetándolo con una mano, le quitó el biello con la otra.

—*Vete con Dios* —dijo.

Pero apenas hubo pronunciado la palabra Dios, el diablillo se hundió en la tierra, como una piedra en el agua.

Iván el Imbécil se fue a casa. Allí se encontró a su segundo hermano, Taras, que se disponía a cenar, en compañía de su mujer. Taras el Panzudo no había podido hacer frente a sus compromisos y se había visto obligado a refugiarse en casa de su padre.

—*Iván; mientras espero adquirir riquezas de nuevo, mantennos a mi mujer y a mí* —le dijo, al verlo llegar.

—*Bien; quedaos aquí y vivid a vuestras anchas* —asintió Iván, quitándose el caftán y sentándose en la mesa.

—*No puedo comer con Iván el Imbécil en una misma mesa. Apesta a sudor* —exclamó la mujer del comerciante.

—*Iván, hueles mal; ve a comer al zaguán* —dijo Taras el Panzudo a su hermano.

—*Bueno* —replicó éste, y tomando el pan, se fue, no sin antes añadir—: precisamente tenía que ir a echar pienso a la yegua.

Capítulo 5

Una vez cumplido su cometido, el diablillo de Taras fue a reunirse con sus compañeros, para vencer a Iván, tal como habían convenido. Llegó al campo de Iván el Imbécil, y rebuscó por doquier; pero no encontró a sus compañeros. Sólo vio un agujero. Entonces, fue al prado, donde encontró un rabo, a orillas del lodazal y, entre las gavillas, un segundo agujero.

—*¿Les habrá ocurrido algo malo a mis compañeros?*—se preguntó—. *Tendré que sustituirlos en la lucha con Iván.*"

Y se marchó en busca de éste. Iván el Imbécil había terminado ya su trabajo en los campos, y estaba talando árboles en el bosque.

Encontrándose estrechos en la casa, sus hermanos le habían mandado que les construyera una isba nueva.

El diablillo se fue, pues, al bosque; penetrando entre las ramas de los árboles se dispuso a molestar a Iván en su tarea.

Iván taló un árbol, de modo que cayera en un lugar despejado, para poder hacerlo rodar después. Pero el árbol cayó mal, enganchándose en las ramas más cercanas. Entonces, Iván cogió una pértiga y trató de desenredar las ramas, lo que consiguió después de muchos trabajos; y, al fin, el árbol cayó al suelo.

Taló entonces otro árbol, y le sucedió exactamente igual.

Se cansaba terriblemente y sólo a fuerza de grandes trabajos conseguía derribar los árboles. Había pensado talar los cincuenta árboles jóvenes; y aún no había derribado diez cuando le sorprendió la noche.

Estaba extenuado. Pero no dejaba de trabajar. Abatió otro árbol más; pero fue tal el dolor que sintió en la espalda, que no pudo continuar en pie. Arrojando el hacha, se sentó para descansar un poco.

Viendo que Iván se sentaba, el diablillo experimentó una gran alegría.

—*¡Magnífico! Ahora abandonará su trabajo*—pensó—. *Yo también voy a descansar un poco.*"

Muy satisfecho, se instaló a horcajadas en una rama. Pero Iván no tardó en levantarse y, tomando el hacha, la blandió y la dirigió, con todo su ímpetu, contra el árbol. Este se tambaleó, desplomándose con gran estrépito.

El diablillo no tuvo tiempo para retirar las piernas, y al romperse la rama, le cogió una pata. Iván fue a coger esa rama y quedó muy extrañado al ver al diablillo.

—*¡Asqueroso bicho! ¿Otra vez aquí?*

—*Soy otro. He vivido en casa de tu hermano Taras.*

—*Seas quien fueres, correrás la misma suerte.*

Y, blandiendo el hacha, Iván se dispuso a descargarla sobre el diablillo.

—*No me mates—suplicó éste—. Haré por ti lo que quieras.*

—*¿Y qué puedes hacer?*

—*Fabricarte todo el oro que desees.*

—*Pues bien, hazlo.*

—*Toma unas hojas de encina, frótalas entre las manos y caerá oro al suelo* —declaró el diablillo.

Iván tomó unas hojas, las frotó y cayó oro al suelo.

—*Esto está muy bien para que jueguen los niños.*

—*Bien; entonces suéltame—dijo el diablillo.*

—*De acuerdo.*

Al decir esto Iván cogió la pértiga y soltó al diablillo.

—*Vete con Dios.*

Mas apenas hubo pronunciado la palabra Dios, el diablillo se hundió en la tierra como una piedra en el agua. Sólo quedó un agujero.

Capítulo 6

Cuando los dos hermanos tuvieron las isbas dispuestas, cada cual se instaló en la suya. Iván el Imbécil, que había terminado las faenas del campo, preparó cerveza y los invitó a festejar aquel acontecimiento. Los dos hermanos se negaron.

—*¡Como si no supiéramos lo que es una fiesta de mujik!*

Iván obsequió a los campesinos y a sus mujeres, y él también hizo honor a la bebida. Hasta llegó a ponerse un poco alegre y salió a la calle, para ver bailar a las muchachas.

Se acercó a ellas y las invitó a cantar alabanzas.

—*Os voy a dar una cosa que no habéis visto en vuestra vida* —les dijo.

Las mozas se echaron a reír y le cantaron alabanzas. Cuando hubieron terminado, le dijeron:

—*Venga, danos eso.*

—*Voy a traerlo en seguida.*

Iván cogió una criba y se encaminó al bosque.

—*¡Qué imbécil!* —comentaron las muchachas.

Luego, nadie se acordó más de él. Pero de pronto lo vieron llegar presurosamente, con la criba llena.

—*¿Queréis?*

—*Desde luego.*

Iván tomó un puñado de oro y se lo arrojó a las muchachas.

—*Pero ¡padrecito!* —exclamaron éstas, lanzándose a recogerlo.

Acudieron también varios mujiks y se arrebataron unos a otros las monedas de oro. Estuvieron a punto de aplastar a una pobre vieja. Iván se desternillaba de risa.

—*¡Estúpidos! ¿Por qué atropelláis a una pobre vieja? ¡Tened más cuidado! Os daré más.*

Y volvió a echar oro a puñados. La gente acudía en masa. Iván había vaciado la triba; pero la gente le pedía más. Entonces dijo:

—*¡No; se acabó! Otra vez os daré más. Ahora vamos a bailar y a cantar.*

Las muchachas entonaron unas canciones; pero Iván exclamó:

—*Vuestras canciones no son bonitas.*

—*¿Conocéis algunas que lo sean más?*

—*En seguida las oiréis.*

Iván el Imbécil se dirigió a la era. Cogió una gavilla y sacudió las espigas contra el suelo diciendo: "*Mi esclavo ordena que dejes de ser gavilla y que se transforme en soldado cada una de tus espigas*", tal y como le había enseñado el diablillo.

Se deshizo la gavilla y las espigas se convirtieron en soldados. Acto seguido, redoblaron los tambores y resonaron las trompetas. Iván les mandó dejar de tocar y desfilar con él por las calles. Pero cuando los soldados hubieron acabado sus canciones, Iván los llevó a la era sin permitir que nadie lo siguiera. Allí convirtió de nuevo a los soldados en espigas. Luego, volvió a su casa y fue a descansar.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Semion el Guerrero, el hermano mayor, enterado de esto, fue a ver a Iván.

—*¿De dónde has sacado esos soldados y dónde los ocultas?* —preguntó.

—*¿Para qué los quieres?*

—*¡Qué preguntas! Con soldados uno puede lograr cuanto desee. ¡Se puede conquistar un reino!*

Iván se quedó muy sorprendido.

—*¿Por qué no me lo dijiste antes? Te haré todos los que quieras. Precisamente hemos tenido una buena cosecha.*

Llevando a su hermano a la era, le dijo:

—Te ruego que tengas presente una cosa: te haré los soldados, pero tendrás que llevártelos de aquí, pues si tuviera que darles de comer se tragarían toda la aldea en un sólo día.

Semion prometió a su hermano que se llevaría a los soldados, e Iván el Imbécil puso manos a la obra. Sacudió una gavilla y apareció una compañía de soldados; sacudió otra, y salió la segunda. Y así sucesivamente hasta que se llenó todo el campo.

—Bueno, ¿te bastan o no?

Semion el Guerrero se alegró muchísimo.

—Sí, sí. Gracias, Iván.

—Bueno. En cuanto necesites más, ven y te los haré. No nos falta paja que digamos.

Semion el Guerrero dio órdenes a los soldados. Formó un ejército, según se hace, y se fue a combatir.

En cuanto se hubo ido, llegó Taras el Panzudo. Acababa de enterarse de lo que había sucedido la víspera y a su vez preguntó a Iván:

—¿De dónde sacaste el oro? Si yo tuviera el dinero con la misma facilidad que tú, podría llegar a conseguir todo lo que hay en el mundo.

Iván el Imbécil se asombró mucho.

—¿Es posible? ¿Por qué no lo dijiste antes? Voy a hacer todo el que quieras.

—Dame sólo tres cribas —replicó el hermano, regocijado.

—Bueno. Vámonos al bosque. Pero engancha un caballo porque de otro modo no podrás traerlo.

Se dirigieron al bosque. Iván frotó entre las manos hojas de encina y cayó un gran montón de oro.

—¿Te basta?

—Por ahora sí. Muchas gracias, Iván —exclamó Taras, satisfecho.

—Está bien. Pero cuando necesites más, acude a mí y te haré todo el que quieras. No nos faltan hojas que digamos.

Taras el Panzudo llenó un carro entero de monedas de oro y se marchó a negociar.

Así fue como partieron los dos hermanos. Semion combatía y Taras comerciaba. Semion conquistó un reino y Taras amontonó una gran cantidad de dinero.

Un día los dos hermanos se encontraron y se dijeron de dónde tenían los soldados y el dinero.

—He conquistado un reino y vivo mejor que quiero —declaró Semion el Guerrero a su hermano—. Lo único malo es que no me alcanza el dinero para mantener a mi ejército.

—En cambio, yo he ganado una gran cantidad de dinero, y sólo tengo una preocupación, y es que nadie me lo guarda —replicó Taras el Panzudo.

—Vámonos a casa de nuestro hermano. Le diré que me haga más soldados y te los daré para que custodien tu oro. Tú le vas a pedir que te haga más monedas de oro, para que yo tenga con qué mantener a mis soldados.

Ambos se fueron a casa de Iván. Al llegar, Semion dijo a Iván el Imbécil:

—Hermano: no tengo bastante con mil soldados; tendrás que hacerme más.

Pero Iván se negó, moviendo la cabeza.

—Comprenderás que no voy a hacértelos así como así.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no me lo prometiste?

—Sí, es cierto; pero no te haré ni uno más.

—Estúpido, ¿puedes decirme por qué no quieres?

—Porque hace poco tus soldados mataron a un hombre. Me hallaba arando junto al camino cuando vi a una mujer, deshecha en lágrimas, que seguía un ataúd. Le pregunté: ¿Quién se te ha muerto? Y me contestó: "Mi marido. Los soldados de Semion el Guerrero lo mataron en la guerra." Me imaginaba que los soldados iban a cantar canciones; pero resulta que han matado a un hombre. No te haré ni uno más.

E Iván el Imbécil se negó rotundamente. No quiso, de ningún modo, volver a hacer soldados.

Entonces Taras el Panzudo le pidió que, al menos, le hiciera monedas de oro. Pero el hermano volvió a mover la cabeza negativamente.

—No voy a hacer más oro para ti, sin motivo alguno.

—¡Pero si me lo prometiste!

—Es verdad, pero no te haré más.

—¿Y por qué no, majadero?

—Porque tus monedas de oro han sido la causa de que le quiten la vaca a Mijailovna.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Pues lo que oyes. Mijailovna tenía una vaca. Pero he aquí que un día sus niños vinieron a pedirme leche. "¿Dónde está vuestra vaca?", les pregunté. "Ha venido el administrador de Taras, ha entregado tres redondelas de oro a nuestra madre, y ella le ha dado la vaca. Y ahora no tenemos nada que tomar." ¡Yo que pensaba que te ibas a divertir con esas monedas de oro! Y resulta que has quitado la vaca a esos niños. No te haré más monedas.

Iván se mantuvo firme y no consintió hacer más monedas.

Los dos hermanos se retiraron, muy cabizbajos. De camino, cavilaron y discutieron la manera de salir de aquel atolladero.

—Escúchame, hermano —exclamó Semion el Guerrero—. Podemos hacer un trato. Tú me darás oro para sostener a mi ejército y yo te entregaré la mitad de mi reino, con soldados, para vigilar tu oro.

Taras aceptó. Así, después de ponerse de acuerdo, los dos llegaron a ser zares y ricos.

Capítulo 8

Iván seguía en su casa manteniendo a sus padres. Labraba los campos, ayudado por su hermana la muda.

Un día enfermó el perro viejo de Iván. Pidió pan a su hermana la muda, lo guardó en la gorra y fue a echárselo al can. Pero la gorra tenía un agujero y, junto con el pan, cayó una punta de raíz. El perro se la tragó con el pan e inmediatamente se puso en pie y empezó a ladrar, meneando el rabo. Se había curado radicalmente.

Los padres de Iván, que habían presenciado esto, quedaron pasmados de asombro.

—¿Cómo se ha curado el perro? —preguntaron.

—Tenía dos raíces que curan todas las enfermedades y el perro se ha comido una —
respondió Iván.

Poco después, sucedió que la hija del zar cayó enferma y éste mandó pregonar por los pueblos y ciudades de su reino que daría una magnífica recompensa a quien la curase. Si fuese soltero el que lo consiguiese, se la daría por esposa.

El pregón llegó también a la aldea de Iván el Imbécil.

—¿Has oído lo que ha anunciado el zar? —le dijeron sus padres—. Nos dijiste que te queda una raíz. Vete, pues, a curar a la hija del zar y serás dichoso para el resto de tu vida.

—Bueno —accedió Iván.

Preparó sus cosas para el viaje y se vistió con sus mejores ropas. Pero al ir a cruzar el umbral de su casa vio a una mendiga que tenía un brazo lisiado.

—He oído decir que curas todas las enfermedades. Cúrame el brazo, por favor. No puedo vestirme sola.

—Bueno —dijo Iván.

Dio la raíz a la pobre mujer, diciéndole que la tragase. Esta obedeció y quedó curada. Acto seguido pudo mover el brazo.

Los padres de Iván salieron a despedirlo. Al enterarse de que había dado la última raíz a una pobre mujer y que ya no tenía con qué curar a la zarina, lo reprendieron severamente.

—¡Mira que haberte apiadado de una mendiga! ¡Y no tener compasión de la hija del zar!

Pero Iván se compadeció también de la zarina. Enganchó un caballo, puso paja en el carro y subió al pescante.

—¿Adónde vas, majadero?

—A curar a la hija del zar.

—Ya no tienes con qué...

—Eso no importa.

Iván el Imbécil acució al caballo, dándole un latigazo.

Cuando llegó a la corte y apenas hubo subido la escalinata de palacio, la zarina se sintió curada.

El zar no cabía en sí de gozo. Mandó llamar a Iván, le dio trajes suntuosos y le dijo:

—Vas a ser mi yerno.
—Bueno —accedió Iván.

Y así fue como se casó Iván el Imbécil con la zarina. Poco después falleció el zar e Iván le sucedió en el trono.

Así, pues, los tres hermanos llegaron a ser zares.

Capítulo 9

Los tres hermanos vivían reinando.

El mayor, Semion el Guerrero, era feliz. Había reunido numerosos soldados a los que le había hecho Iván. Ordenó por todo el reino que le diesen un soldado por cada diez casas. Estos soldados debían ser altos, fuertes y apuestos.

Después de reclutar un número muy elevado, los instruyó. Así, cuando alguien se negaba a obedecerlo, mandaba a sus soldados y hacía lo que quería. Todos lo temían.

Su vida se deslizaba felizmente. Todo lo que pasaba por su imaginación, todo lo que codiciaban sus ojos, era suyo, ya que no tenía más que enviar a sus soldados para que se apoderasen de ello.

También Taras el Panzudo vivía magníficamente. No había despilfarrado el dinero que le diera su hermano; por el contrario, se las había arreglado para aumentarlo. Había puesto en marcha los negocios de su reino: guardaba el oro en buenas cajas y aún exigía más de sus súbditos. Cobraba tanto por casa, tanto por los lapti, tanto por los muchi, sin contar todo lo demás. Poseía cuanto deseaba. A cambio del oro, le traían de todo; y todos trabajaban para él, ya que todo el mundo necesitaba dinero.

Tampoco vivía mal Iván el Imbécil. Pero, tan pronto hubieron enterrado a su suegro, se despojó de sus vestidos de zar, y pidió a su esposa que los guardara en un arcón. Luego, poniéndose de nuevo su camisa de lienzo, sus pantalones y sus lapti, volvió a sus faenas.

—Me aburro. Estoy echando barriga y no tengo sueño ni apetito—dijo.

Mandó venir a sus padres y a su hermana la muda, y comenzó a trabajar. Algunos le decían:

—¡Pero si eres el zar!
—¿Y eso qué importa? También el zar tiene que comer—replicaba.

Un día, fue a verle un ministro.

—No tenemos dinero para abonar las pagas.
—Si no tenéis dinero, no paguéis.
—En este caso, se marcharán todos.
—¡Que se marchen! Así dispondrán de tiempo para trabajar. Que saquen el estiércol. Hace mucho que lo dejan amontonado, sin aprovecharlo para nada.

Otra vez fueron a pedirle justicia. Uno se quejaba de que le habían robado su dinero.

—Señal de que les hacía falta—declaró Iván.

Debido a este proceder, todos se dieron cuenta de que Iván era imbécil.

—*La gente dice que eres imbécil*—le dijo su mujer.

—*Será porque lo soy.*

La esposa de Iván meditó, meditó... Ella también era imbécil.

—*¿Qué le he de hacer? No me es posible oponerme a la voluntad de mi marido. El hilo debe seguir a la aguja*—, se dijo.

Desechó también sus ropas de zarina, que guardó en un arcón. Fue a casa de la muda, para que la enseñara a trabajar; y, una vez que hubo aprendido, empezó a ayudar a su marido.

Todas las gentes sensatas abandonaron el reino de Iván, quedando tan sólo los imbéciles.

Nadie tenía dinero; todos trabajaban, y cada cual se mantenía y ayudaba a los que no podían hacerlo.

Capítulo 10

Esperando noticias, el viejo diablo se sentía impaciente por saber cómo habían logrado los diablillos arruinar a los tres hermanos. Pero como pasaba el tiempo y no recibía nada, se fue a averiguar lo que había ocurrido.

Buscó a los diablillos por todas partes; pero no pudo dar con ellos. Lo único que encontró fueron los tres agujeros.

—*¡Vaya! No habrán podido vencerlos. Tendré que poner manos a la obra yo mismo*—, se dijo.

Empezó a buscar a los tres hermanos en sus antiguas casas; pero las habían abandonado. El viejo diablo se disgustó.

Se dirigió a casa del zar Semion, transformado en jefe de un ejército.

—*Según he oído decir, zar Semion, eres un gran guerrero. Conozco a fondo la profesión de las armas y tengo ardientes deseos de servirte.*

El zar le hizo preguntas; y, al comprobar que era inteligente, lo tomó a su servicio.

El nuevo jefe explicó al zar cómo debía organizar su ejército.

—*Lo más importante es que dispongas de un gran número de soldados; de otro modo habrá en el reino demasiada gente ociosa e inútil. Es preciso reclutar, sin distinción, a todos los hombres jóvenes; y entonces tendrás un ejército cinco veces más numeroso. Después necesitamos nuevos modelos de fusiles y cañones. Inventaré fusiles que arrojen cien proyectiles a la vez como una lluvia de guisantes. Y te haré cañones que escupan fuego a distancias enormes. Los hombres, los caballos, las casas... todo arderá.*

El zar Semion escuchó al nuevo jefe. Dio órdenes para que construyeran fábricas, de las que iban a salir centenares de fusiles y cañones. Una vez que todo estuvo dispuesto, se fue a guerrear contra el zar vecino.

En cuanto llegó a presencia del enemigo, Semion el Guerrero ordenó a sus soldados que disparasen los fusiles y los cañones. En un sólo combate, destruyó e incendió la mitad del ejército rival.

Aterrorizado, el zar vecino capituló, entregando su reino a Semion.

—Ahora iré a luchar contra el soberano de la India—dijo, satisfecho.

Pero el soberano de la India había oído hablar del arrojo y del poder de Semion y había imitado sus reformas e inventado armas aún mejores. No se había limitado a reclutar a los hombres jóvenes, sino también a las mujeres solteras de su reino. Así había conseguido reunir un ejército mayor que el de Semion. Además de disponer de fusiles y cañones iguales a los de Semion, había hallado la manera de volar por el aire y arrojar desde lo alto bombas explosivas.

Así, pues, el zar Semion marchó a guerrear contra el soberano de la India. Pensaba vencerlo, lo mismo que había vencido al otro; pero la hoz siega hasta que se embota. El soberano no esperó a que su enemigo presentase batalla. Mandó a las mujeres de su reino que volasen por encima del ejército de Semion, echando bombas explosivas. Las mujeres obedecieron, y el ejército de Semion se dispersó, huyendo y abandonando a éste. El soberano de la India se apoderó del reino de Semion el Guerrero, que tuvo que irse como un vagabundo, de acá para allá, donde lo guiaran sus pasos.

Cuando hubo terminado con Semion, el viejo diablo se ocupó de Taras.

Convirtiéndose en mercader, se estableció en su reino. Empezó a comerciar; y pagaba todas las cosas a un precio tan elevado, que las gentes acudían a tratar con él para ganar rápidamente.

Fue tanto lo que ganaron, que pudieron pagar los impuestos que tenían pendientes, y, desde entonces, siempre los satisfacían con regularidad. El zar Taras estaba contentísimo.

-Tengo que agradecer esto al mercader nuevo—pensó—. Ahora tendré mucho más dinero y podré vivir aún mejor.

Concibió nuevos planes y se propuso construir otro palacio. Ordenó que lo pregonasen a los habitantes del pueblo que trajesen piedras y maderas y viniesen a trabajar para él. Había establecido buenos precios para todo, y esperaba que la gente acudiría, en masa, a obedecerle como había ocurrido siempre.

Pero he aquí que llevaban la piedra y la madera a casa del mercader, donde iban a trabajar todos los obreros.

El zar Taras elevó los precios; pero el mercader los elevó más. Taras tenía mucho dinero, pero el mercader más aún. Y pudo con él. Por eso, no se construyó el palacio del zar.

Taras tuvo la idea de hacerse un jardín. En otoño, mandó decir a sus súbditos que viniesen a trabajar a su casa. Nadie apareció. Todos estaban ocupados, cavando un estanque en casa del mercader.

Llegó el invierno; el zar Taras quiso que le hicieran una pelliza; y mandó comprar pieles de cibelina; pero el criado volvió diciendo:

—No se encuentran pieles. El mercader las ha pagado carísimas y se ha hecho una alfombra con ellas.

El zar tuvo necesidad de comprar caballos. Los que habían ido por ellos volvieron, informando:

—Todos los buenos caballos están en casa del mercader, acarreando agua para llenar su estanque.

Todos los planes que formaba el zar quedaban suspendidos. Nadie quería hacer nada para él; en cambio, todos trabajaban para el mercader. Sólo le pagaban los impuestos. El zar tenía tanto dinero que no sabía qué hacer con él; no obstante, vivía cada vez peor.

Finalmente, renunció a sus proyectos, contentándose con encontrar de qué vivir. Pero hasta eso iba haciéndose difícil. Lo contrariaban en todo.

Los lacayos, los cocineros y los cocheros lo habían abandonado, para trasladarse a casa del mercader. Incluso empezaron a faltarle los alimentos. Mandaba al mercado a comprar cualquier cosa; pero el mercader se lo había llevado todo. Para él, sólo quedaban el dinero y las contribuciones.

Exacerbado, el zar echó de su reino al mercader. Pero éste se estableció cerca de la frontera, donde siguió su comercio. Le llevaban todo lo habido y por haber, a cambio de su dinero; y el zar seguía sin obtener nada.

Las cosas fueron de mal en peor. Pasaban días enteros sin que el zar probara bocado. Por aquel entonces se difundió el rumor de que el mercader estaba dispuesto a comprar al zar en persona. Taras se asustó y ya no supo qué hacer.

En esto fue a verlo Semion el Guerrero.

—¡Mantenme! El soberano de la India me ha destronado—le dijo.

—Hace días que no como—replicó Taras el Panzudo.

Capítulo 11

Una vez que hubo acabado con los dos hermanos mayores, el diablo se dirigió a casa de Iván. De nuevo tomó la forma de un jefe. Y convenció a Iván de que organizara un ejército en su reino.

—A un zar no le conviene carecer de ejército en su reino. Permíteme que ponga manos a la obra, y no tardaré en formar un ejército con tus súbditos.

—Bueno —asintió Iván, tras de haberlo escuchado—. Y no dejes de enseñarles a cantar bonitas canciones. Eso me gusta mucho.

El viejo diablo hizo un viaje a través del reino de Iván, reclutando voluntarios. Dijo que se acogería bien a todo el mundo y que darían un barril de vodka y un gorro encarnado a cada uno. Los imbéciles se echaron a reír.

—Tenemos todo el vodka que queremos; nos lo hacemos nosotros mismos. En cuanto al gorro, nuestras mujeres pueden hacernos cuantos queramos y de todos los colores, incluso de varios colores juntos.

Y nadie quiso alistarse.

Entonces, el diablo fue de nuevo a ver a Iván.

—Los imbéciles no quieren alistarse; habrá que obligarlos por la fuerza —dijo.

—¡Bueno, alíсталos por la fuerza!

Y el viejo diablo anunció al pueblo que todos los imbéciles debían alistarse, y que los que se negaran a hacerlo, serían condenados a muerte. Los imbéciles se presentaron ante el voivoda.

—Dices que si nos negamos a alistarnos el zar mandará que nos maten. Pero no nos explicas lo que hará con nosotros cuando seamos soldados. Según parece, a los soldados también se los mata.

—Tenéis razón; eso suele ocurrir.

Al oír esta contestación, los imbéciles se obstinaron en su negativa.

—No iremos por nada del mundo. Si de todas formas nos han de matar, preferimos que nos maten en casa.

—¡Qué imbéciles sois! ¡Qué imbéciles! —exclamó el viejo diablo—. Siendo soldados tenéis ocasión de salvaros, mientras que, si desobedecéis, el zar Iván mandará sin falta que os maten.

Los imbéciles se sumieron en reflexiones. Al fin, se dirigieron a casa de Iván.

—Hay un jefe que nos exige que nos hagamos soldados—le dijeron—. “Si os hacéis soldados tenéis ocasión de salvaros, mientras que, si desobedecéis, el zar Iván mandará que os maten”, nos dice.

—¿Es posible? —exclamó Iván echándose a reír—. ¿Cómo podría yo sólo mataros a todos? Si no fuese imbécil, podría explicárselo; pero siéndolo, ni yo mismo lo entiendo.

—Entonces ¿no debemos ir?

—No vayáis.

Los imbéciles regresaron a casa del jefe, para repetirle que se negaban a alistarse. Viendo que su asunto no marchaba bien, el viejo diablo fue a ver al zar Tarakansky, un hombre de su confianza.

—Vamos a combatir al zar Iván. Lo único que le falta es dinero. Tiene trigo, ganado y otros bienes en abundancia.

El zar Tarakansky accedió. Tras de reunir numerosos soldados, fusiles y cañones, los llevó a la frontera, para invadir el reino de Iván.

—El zar Tarakansky viene a luchar contra ti—dijeron al zar Iván.

—Pues bien, que venga.

Tarakansky cruzó la frontera con su ejército y ordenó a la vanguardia que buscara el ejército de Iván. La vanguardia buscó por doquier, esperando que apareciera algún soldado por el horizonte; pero ni por asomo. Fue imposible luchar. Entonces, Tarakansky ordenó que ocuparan las aldeas.

Los imbéciles de uno y otro sexo salían a las puertas de sus casas y miraban, atónitos, a los soldados. Estos les arrebataron el trigo y el ganado. Sin defenderse, los imbéciles permitían que se llevaran todo.

Las tropas ocuparon otra aldea, donde ocurrió lo mismo. Y así fue un día y otro, sin defenderse. E incluso invitaban a los soldados a vivir con ellos.

—Queridos amigos, si os va mal en vuestro país, venid a estableceros aquí para siempre—les decían.

Los soldados avanzaban y avanzaban; pero no había ni rastro de ejército. Por doquier vivían buenas gentes que no se defendían y los invitaban a quedarse con ellos. Las tropas se aburrían y, presentándose al zar Tarakansky, declararon:

—No podemos luchar. Llévanos a otra parte. Esto nos gustaría si fuese una guerra. Pero ¿qué hay aquí? Lo mismo sería que nos entretuviéramos en partir hielo. No podemos guerrear de esta manera.

El zar Tarakansky se molestó. Dio orden a sus soldados de que recorriesen el país de punta a cabo devastando las aldeas, destruyendo las casas, quemando el trigo y matando el ganado.

—Si me desobedecéis, os mataré a todos—vociferó.

Aterrorizados, los hombres llevaron a cabo la orden del zar. Incendiaron las cosas y los graneros y mataron el ganado.

Los imbéciles no intentaron defenderse en absoluto; no hacían más que llorar. Lloraban los viejos, lloraban las viejas, lloraban los niños...

—¿Por qué nos hacéis daño? ¿Por qué echáis a perder tantos bienes?—preguntaban—. Si os hacen falta, tomadlos.

Esto acabó por disgustar a los soldados. Se negaron a seguir adelante; y el ejército se dispersó.

Capítulo 12

Al darse cuenta de que no podía conseguir su objetivo por medio de los soldados, el viejo diablo se marchó. No tardó en aparecer de nuevo, transformado en un señor muy bien vestido y, estableciéndose en el reino de Iván, decidió acabar con él por medio del oro, como había hecho con Taras el Panzudo.

—Lo único que deseo es favorecerte. Te enseñaré cosas magníficas—dijo—. Por de pronto, voy a construir aquí una casa.

—Bueno; quédate con nosotros.

A la mañana siguiente, el señor bien vestido compareció en la plaza del pueblo, con un gran saco lleno de oro y una hoja de papel.

—Todos vivís aquí como unos cerdos—dijo—. Os enseñaré cómo debéis vivir. Vais a construirme una casa como la que está dibujada en este plano. Trabajaréis dirigidos por mí y os pagaré con oro vuestro trabajo.

Y el señor bien vestido les mostró el oro que había traído. Los imbéciles se quedaron maravillados: nunca habían visto dinero. Solían cambiar entre sí los productos de su trabajo.

—¡Qué bonitos son estos objetos!—exclamaron, admirados.

Y cambiaron con el señor bien vestido su trabajo contra esos objetos de oro. Lo mismo que en el reino de Taras, el viejo diablo repartió oro a puñados y, a cambio de eso, obtuvo toda clase de trabajos y de productos.

—*Mis asuntos marchan inmejorablemente. Ahora sí que conseguiré arruinar a Iván el Imbécil, como lo hice con Taras. Acabaré comprándole a él mismo*—, se dijo, satisfecho.

Pero, apenas los imbéciles hubieron reunido bastantes monedas de oro, se las entregaron a las mujeres para que se hicieran collares. Todas muchachas llevaban monedas prendidas en las trenzas, y los niños jugaban con ellas por las calles. La casa del señor bien vestido había quedado a medio construir y todavía no había hecho acopio de trigo ni de ganado. Pero nadie iba a trabajar allí y nadie le llevaba nada. Únicamente de tarde en tarde aparecía algún chiquillo para pedir una moneda de oro a cambio de un huevo. Pero nada más. Y el señor bien vestido no tenía nada que comer.

Tuvo hambre y fue a una aldea para comprar algo. Entró en un corral y ofreció una moneda a cambio de una gallina. Pero la campesina rechazó la moneda.

—*Ya tengo bastantes*—le dijo.

El señor bien vestido se fue a casa de otra mujer, que no tenía niños, con intención de comprar un arenque. Le ofreció también una moneda de oro.

—*No la necesito para nada. No tengo niños ni nadie para que juegue con ella. Por casualidad, guardo tres objetos de éstos.*

De allí, el señor bien vestido se fue a casa de un mujik para comprar pan; pero el campesino se negó también a vendérselo a cambio de dinero.

—*No me hace falta. Si quieres algo por amor de Dios, es distinto. Espera, voy a decirle a mi mujer que te corte una rebanada de pan.*

El diablo empezó a escupir y huyó apresuradamente. El que le ofrecieran algo en nombre de Dios, sólo oír pronunciar ese nombre, era peor que si le hubiesen asestado una puñalada.

Así, pues, el viejo diablo no logró encontrar pan. Por todas partes se negaban a darle algo a cambio de su dinero. Pero todos le decían:

—*Danos otra cosa, trabaja, o bien, tómalo por amor de Dios.*

Pero el diablo sólo podía ofrecer dinero. No quería trabajar, ni podía aceptar el pan por el amor de Dios.

—*¿Para qué queréis otra cosa, si os doy oro?*—replicaba, irritado—. *Con oro podéis comprar todo lo que queráis y podéis hacer trabajar a quien se os antoje.*

Pero los imbéciles no le hacían caso.

—*No nos hace falta. No pagamos nada a nadie, ni tenemos que satisfacer impuestos. ¿Para qué queremos el dinero?*

El viejo diablo tuvo que acostarse sin cenar.

Esto llegó a oídos del zar Iván.

—*¿Qué debemos hacer?*—le preguntaron sus gentes—. *Ha venido a nuestras casas un señor al que le gusta comer y beber bien y vestir elegantemente. Se niega a trabajar y a pedir por el amor de Dios. Lo único que hace es ofrecer monedas de oro a todo el mundo. Cuando aún no teníamos muchas, le dábamos lo que pedía; pero ahora nadie quiere darle nada. ¿Qué haríamos para que no se muriese de hambre?*

—*Está bien*—dijo Iván después de haber escuchado estas palabras—. *Habrá que darle de comer. Que vaya de puerta en puerta, como los pastores.*

¿Qué iba a hacer? El viejo diablo se fue de casa en casa. Llegó así a la de Iván y pidió algo de comer a la hermana muda, que estaba haciendo la comida para su hermano. A fuerza de haber sido engañada por los gandules que se presentaban a la hora de comer y, sin haber trabajado, engullían tranquilamente grandes platos de gachas, la muchacha había adquirido la habilidad de distinguirlos por las manos. Sentaba a la mesa a los que las tenían callosas; a los demás les daba las sobras.

El viejo diablo se deslizó hacia la mesa, pero la muda le tomó la mano y se la examinó con atención. No tenía callos. Eran unas manos pulcras, blancas y de largas uñas. La muchacha rezongó y echó de la mesa al diablo.

—*¡No te molestes, elegante señor!*—exclamó la esposa de Iván—. *Mi cuñada no permite que se sienten a la mesa quienes no tengan las manos callosas. Pero espera un poco; y cuando todos hayan comido, comerás las sobras.*

El viejo diablo se sintió humillado. ¡Comer entre los cerdos, aunque fuese en casa del zar!

—*Es una ley de imbéciles la de tu reino, de que cada cual trabaje con las manos. Habéis inventado esto porque sois estúpidos. ¿Acaso sólo se puede trabajar con las manos? ¿Con qué crees que lo hacen las personas inteligentes?*—dijo a Iván.

—*¿Cómo podemos saberlo nosotros, que somos imbéciles? Nosotros trabajamos con las manos y las espaldas*—replicó Iván el Imbécil.

—*Lo hacéis así porque sois unos pobres imbéciles... Pero quiero enseñaros a trabajar con la cabeza. Entonces comprenderéis que esta manera es preferible a la otra.*

Iván se quedó pasmado de asombro.

—*¿Es posible? ¡Ah! Por algo nos llaman imbéciles.*

—*Es mucho más difícil trabajar con la cabeza. Os negáis a darme de comer, porque no tengo las manos callosas; pero no sabéis que es cien veces más cansado trabajar con la cabeza. Y, a veces, a uno hasta le cruje la cabeza.*

Iván se sumió en reflexiones.

—*Entonces, amigo mío, dime: ¿por qué te empeñas en tomarte tanta molestia? Es malo que la cabeza cruja. Más te convendría un trabajo fácil, que se realice con las manos y la espalda.*

—*Si me tomo tanta molestia, es por vosotros*—replicó el diablo—. *Me dais lástima, pobres estúpidos. Sin mí, seguiríais siendo imbéciles toda la vida. Pero yo os enseñaré a trabajar con la cabeza.*

—*Bueno, enséñanos, pues*—accedió Iván, admirado—. *Porque la verdad es que acaba uno por tener las manos cansadas. Así, para variar, podremos seguir trabajando con la cabeza.*

Iván proclamó por todo su reino que había llegado un señor bien vestido, el cual se comprometía a enseñar a todo el mundo a trabajar con la cabeza. Se adelantaba más trabajando de este modo y todos debían ir a aprender.

En el reino de Iván había una torre muy alta, con una escalera empinada y una plataforma en lo alto. Iván mandó allí al señor bien vestido, para que todo el mundo pudiera verlo bien. Una vez arriba, el señor empezó a hablar. Los imbeciles escuchaban, esperando que los enseñara cómo se trabajaba sin mover las manos, únicamente con la cabeza; pero el viejo diablo no hacía más que explicarles de palabra cómo puede uno arreglárselas para vivir sin trabajar.

Los imbeciles no entendían nada. Escucharon durante un rato; y luego cada cual se fue a sus faenas.

El viejo diablo permaneció un día y otro en lo alto de la torre, hablando sin cesar, hasta que sintió hambre. A los imbeciles no se les había ocurrido llevarle pan. Habían pensado que, si trabajaba mucho mejor con la cabeza que con las manos, le sería tan fácil conseguir pan como jugar a cualquier cosa.

Transcurrió otro día y el viejo diablo seguía perorando en lo alto de la torre. Las gentes se acercaban extrañadas; y, después de mirar un rato, se iban.

—¿Ha empezado ya a trabajar con la cabeza este señor? —preguntó Iván.

—Aún no —le contestaron—. No hace más que charlar.

El viejo diablo pasó otros días más hablando en la torre. Adelgazaba por momentos. Una vez le flaquearon las piernas y se dio un golpe contra el pilar. Uno de los imbeciles había observado esto y fue a decírselo a la mujer de Iván. Esta se precipitó en busca de su marido, que trabajaba en el campo.

—¡Ven, ven! Me han dicho que el señor bien vestido empieza a trabajar con la cabeza.

—¿Es posible? —preguntó Iván, muy sorprendido.

Y se dirigió hacia la torre. El viejo diablo, extenuado, se tambaleaba sobre las piernas y con la cabeza se daba coscorrónes contra el pilar. Al poco rato de la llegada de Iván, vaciló, cayendo escalera abajo. Su frente daba contra los escalones como si los fuera contando con la cabeza.

—¡Oh! —exclamó Iván—. Es verdad lo que decía el señor bien vestido. Puede ocurrir que la cabeza cruja. Esto es muy distinto a tener las manos callosas. Con ese trabajo se arriesga uno a hacerse chichones.

El viejo diablo cayó de modo que la cabeza quedó clavada en el suelo. Iván iba a acercarse a él, para ver si había realizado mucha tarea, cuando, de pronto, se abrió la tierra y el viejo diablo desapareció en sus profundidades, quedando tan sólo un agujero.

—¡Vaya con este bicho asqueroso! —exclamó Iván rascándose la cabeza—. ¡Otra vez es él! No; éste debe de ser el padre de los otros. ¡Está tan gordo!

Capítulo 13

Iván vive aún. Las gentes acuden en masa a su reino. También han ido a vivir con él sus hermanos. A todo el que llega diciendo:

-*"Mantenme",*

le responde Iván:

-*"Bueno, quédate. Aquí tenemos de todo."*

Pero existe en este reino una sola ley. Al que tiene las manos callosas se le dice:

-*"¡Siéntate a la mesa!"*;

y al que no tiene callos en las manos:

-*"¡Cómete las sobras!"*

<https://ideaswaldorf.com/tu-amigo-el-trabajo/>

Aportación de IdeasWaldorf